

Devocional, domingo 4 de marzo del 2018

Dios le dijo a Moisés: "... disponte a partir. Voy a enviarte al faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo. Pero Moisés le dijo a Dios: —¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas? —Yo estaré contigo —le respondió Dios—. Y te voy a dar una señal de que soy yo quien te envía: Cuando hayas sacado de Egipto a mi pueblo, todos ustedes me rendirán culto en esta montaña".
(Éxodo 3. 10-12)

Nos adentramos ya en éste nuevo año y comenzamos a desarrollar nuestras habituales actividades, algunas más placenteras que otras. Sin embargo es extremadamente importante recordar permanentemente, quiénes somos y a qué nos ha orientado Dios en ésta nueva vida que nos ha dado.

Es muy fácil centrarnos en nuestros problemas y "*mirarnos el ombligo*", creyendo que solo debemos preocuparnos por lo nuestro, por lo demás todos viven de la misma manera. Desarrollamos un modelo de vida que acepta fácilmente la cultura que nos rodea, sin darnos cuenta cómo ésta nos absorbe y nos neutraliza.

En el texto de hoy encontramos el llamado de Dios a Moisés para un propósito específico: liberar a Israel de la esclavitud en Egipto. Dios se le revelaba en aquella zarza que ardía, era un encuentro personal con Él, "**Yo Soy el que Soy**" (Ex. 3. 6, 14) le había dicho, y no lo hacía esperando tan sólo la adoración de Moisés. Era un llamado para atender lo que Dios quería hacer, transformar ni más ni menos, que la vida de miles que en ese momento la estaban pasando muy mal. Y lo quería hacer a través de Moisés, un hombre de 80 años.

La experiencia de Moisés es transversal en las Escrituras. Dios llama y se revela a sus criaturas transformando para siempre sus vidas al hacerlos sus hijos e hijas. Pero va más allá al encomendarles un abierto desafío de proclamación y transformación. No es un llamado para que sea contemplado y adorado pasivamente. No es una revelación tan solo para darse a conocer. Tiene un sentido activo y dinámico que se materializa en la verdadera adoración, aquella que vincula íntimamente la obediencia a Su voluntad... porque hay muchos que salvar ("**... no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento**"; 2 Pedro 3. 9).

Aunque inicialmente Moisés se resistió, su obediencia significó la liberación de cientos de miles de hombres y mujeres.

De igual manera, obedecemos al llamado de Dios de proclamar Su Evangelio, a Cristo mismo, con una vida intencionada y comprometida con lo distinto, con aquello que proclama el Reino de Dios, sabiendo que nuestros dichos, actos e incluso pensamientos, deben estar sujetos al gobierno del Espíritu Santo para hacer la voluntad de Dios como sus discípulos, alcanzando la vida de aquellos que nos rodean y que buscan esperanza y libertad.

"No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto, un fruto que perdure". (Juan 15. 16)

Iglesia Alianza Cordillera